


cia; la ciencia se burla de las leyendas que forjaron los sacerdotes ignorantes; sucesores de éstos, para salvar el dogma, sacrifican la ciencia. Los hombres más esclarecidos consagran algunas páginas para los absurdos con que desean no alarmar, sino ántes bien conciliarse á sus correligionarios. Las instituciones se reforman á medias. En los colegios se enseña la verdad y la mentira. La moral no se sostiene por la utilidad positiva, sino por peligros fantásticos. Se simulan costumbres perjudiciales. Y no hay concordia ni entre los pensamientos de un mismo individuo. ¿Y hay quien no vea la causa de nuestras revoluciones? Suprimase el antagonismo de lo temporal y de lo eterno, sacrificando alguno de los dos principios. Yo estoy por salvar lo temporal, ¿y ustedes? O syllabus ó reforma.

Agosto de 1871.



EL MONARCA EXTRANJERO


 A Francia se empeña en hacer de la República Mexicana una monarquía semi-europea: supongamos por un momento que el atentado se realiza, y que Maximiliano toma el nombre de Moctezuma III; ¿terminará la misión de las fuerzas invasoras? ¿la presencia de éstas pondrá un límite á las facultades del emperador advenedizo? El examen de estas cuestiones nos dirá si la empresa de Napoleon es realizable.

Es necesario no hacerse ilusiones; los mexicanos pueden sucumbir de pronto en la lucha; pero es seguro que la ausencia de los soldados franceses abrirá las puertas á la insurrección, y Márquez, Miramon y Mejía encontrarán otro Silao y otro Calpulalpan. Poco importaría este resultado á la Francia, si con la proclamacion de Maximiliano quedasen satisfechas las nobles y desinteresadas pretensiones que la invasion ha traído á nuestro suelo; ¿cómo abandonaría á las contingencias de la guerra civil el negocio de Jecker, el pago de sus pretendidos créditos y los gastos de la guerra? ¿cómo aseguraría su influencia mercantil en el golfo de México? y ¿cómo se realizarían las grandes promesas de Napoleon III? No hay remedio, si la Francia no quiere emprender periódicamente sus invasiones para restablecer al partido conservador y á

Maximiliano, y para obtener el cumplimiento de tratados arrancados por la fuerza, necesita conservar esa fuerza indefinidamente en la patria de los aztecas. Entónces los franceses se establecerán en la América por diez, por veinte años; sus gastos saldrán del país conquistado; tras el orden militar se verán obligados á regularizar su situacion financiera; estas exigencias y las del comercio, los obligarán á nuevas reformas é innovaciones, hasta en el Código Civil y Criminal. ¿Por qué no? estarán despacio, y tendrán en sus manos complicados intereses. En el momento que no procedan de este modo, el mismo Maximiliano los alejará como huéspedes importunos. Y procediendo de este modo, habrán establecido una colonia.

¿Qué papel, ya no digo pero ni siquiera racional, sostenible, soportable, hace entónces un emperador? Maximiliano, ó cualquiera otro príncipe europeo, por muy circunspecto que sea, no puede presentarse en una tierra extraña sin llevar consigo un círculo de amigos fieles para que lo aconsejen, lo sirvan y lo defiendan; éstos lucharán con ventaja cuando disputen á los cortesanos de México los títulos, los generalatos, los empleos y los negocios de agiotaje. Esa corte extranjera, sin aumentar el prestigio ni el poder del monarca, le acarreará gastos cuantiosos y odiosidades de pésimas consecuencias. Los alemanes se apoderaron de la corte española, sostenidos por la mano poderosa de Carlos V, y ¿cuán fatales fueron para la dinastía austriaca y para la nacion española! El primer imperio del mundo descendió con rapidez hasta Carlos el Hechizado. ¿Esperamos en Dios que nuestra graciosa emperatriz no nos dará ese mal parto! Pero su consorte se verá juguete de encontrados intereses; la nacion pugnando por su libertad; los notables alemanes codiciando las riquezas; los conservadores pidiendo marquesados, bandas y mitras, y los franceses apoderados de todos los negocios, de todos los recursos, é imponiendo por la fuerza su política. Tendrá siquiera esperanzas de hacerse amar de su pueblo un príncipe que tiene atadas las manos para el bien, y que día á

dia se presentará humillado por una vergonzosa tutela? Para terminar esta situacion puede escoger entre la suerte de Iturbide y de Labastida. Los procónsules romanos dejaban por lo ménos á los reyezuelos que sostenian, el sumo pontificado y la administracion de justicia; en las creencias y costumbres modernas, nada queda para Maximiliano, sino ser un empleado frances; de México podrá ir á prestar sus servicios á Cochinchina; y de aquí al teatro de la ópera hay un solo paso.

La embriaguez y la pompa del poder no deben cegar á ningun hombre aunque sea aleman, cuando esa alta situacion, sobre difícil, es demasiado transitoria. La Europa, fluctúa en este instante entre un Congreso tormentoso y una guerra desquiciadora; la Francia precisamente ha provocado el cataclismo; cuando se vea ocupada sólo en salvarse, ¿podrá emplear sus fuerzas en sostener al cacique de México? ¿no lo sacrificará sin remordimiento siempre que sea necesario? Puede venir un aleman atrevido con su esposa y sus hijos y armado de un organito, para buscar su fortuna en la República Mexicana, desafiando los horrores de la guerra civil y de la extranjera; pero ¿quién aconsejará sin remordimiento de conciencia, al más aventurero de los tudescos, que venga á someter con una sola mano ocupada en su pipa, á los caudillos liberales, á las fieras conservadoras, á las falanges francesas, y lo que no es difícil, á los mismos Estados Unidos.

Sólo un capricho de la Providencia conseguiria que los mexicanos llegasen á amar el régimen monárquico; pero aun entónces odiaríamos al emperador extranjero, y todos aventurariamos nuestra personal candidatura.

San Francisco California, Enero de 1864.

LA GUERRA EN MÉXICO

UOS franceses, repetidas ocasiones se han complacido en anunciar al mundo, que la cuestion militar estaba concluida en la República Mexicana; lo han dicho cuando ocuparon Veracruz, cuando ocuparon Orizaba, cuando avanzaron sobre Puebla, cuando la ocuparon, cuando entraron en Tenoxtitlan y ahora que se han extendido por el Bajío; permítannos que les manifestemos, que la cuestion militar no ha comenzado todavía.

Ellos mismos ¿no se condenan precisamente en la repetición con que proclaman su triunfo definitivo, aprovechando una nueva circunstancia para proclamarlo de nuevo? ¿No sienten el remordimiento en su conciencia y el rubor sobre su frente, cuando al referir tantas ocupaciones no pueden recordar [una sola victoria? Las playas de Veracruz fueron abandonadas por el Gobierno general, y los franceses las recibieron de mano de los españoles, despues que habian pedido para arribar, una escolta á la escuadra inglesa y un permiso á los Estados Unidos. Los franceses ocuparon Orizaba por una infame superchería. Los franceses no ocuparon la invicta Zaragoza, sino porque nuestras fuerzas han roto sus armas despues de haberlas medido con gloria en dos campa-

ñas que nos han conquistado aplausos del universo. Los franceses entraron en México, y se extienden por el Bajío, porque así ha convenido á nuestros planes de campaña. Los franceses han sido felices en algunas escaramuzas; pero tambien nosotros hemos sido favorecidos por la fortuna. Los franceses se han encontrado hasta aquí, en nuestro Gobierno, un partido que se ha lisonjeado de que Napoleon, al fin, reconociera lo injusto y aventurado de su empresa; ese partido ha confiado mucho en las negociaciones diplomáticas y en la justicia de nuestra causa; ese partido, tanto en las cuestiones interiores como en las extranjerías, ha tenido por divisa hacer toda clase de concesiones, conciliar los ánimos, amalgamar los intereses opuestos; y ese partido, ya que no ha sucumbido bajo numerosos desengaños, acaba de perder su cabeza, no sin haber lanzado una maldición contra su propia debilidad y ciega confianza, que afilaron el puñal de sus asesinos. Unos días más de lucha, y el partido de la guerra sin tregua se apoderará de los destinos de la República. Entónces, señores franceses, la cuestion militar habrá comenzado. ¿Nos preguntareis con irrisión que dónde están nuestros ejércitos? Nos hareis observar que los que existian han desaparecido. Esto es verdad; pero, ¿cómo, preguntamos á nuestra vez, ni el orgulloso invasor ni sus traidores aliados se atreven á extenderse por todo el suelo de la patria? ¿Por qué ocupan con pena algunas capitales, y no tienen seguro ningun camino militar, y avanzan con todas las precauciones de la estrategia? ¿Por qué esperan nuevos combates y nuevos triunfos? ¿Dónde están nuestros ejércitos? ¿Dónde? El primero de nuestros ejércitos, nuestro cuerpo de observacion, se encuentra entre los mismos traidores. Allá, bajo las órdenes de Márquez, de Mejía y de Miramon, militan los ilusos de buena fe que no se han atrevido á sacrificar la independencía de la patria sino por salvar las pretensiones del clero; pero el clero y sus pretensiones y sus adeptos, sacrificados, burlados por los franceses, ¿dónde encontrarán un asilo honroso y aún una venganza sino bajo el mismo pabellon que habian profanado? Y

mucha sangre tienen que derramar para hacer perdonar su crimen. Ellos vendrán, invasores, y vendrán con las armas que les habeis confiado.

Más duradera será para la traicion la fidelidad de los antiguos soldados permanentes; pero ya habeis dispuesto diezmarlos presentándolos en los puntos más peligrosos para que así sean más honrados; ellos tambien, cuando suene la hora del desengaño, nos presentarán vuestras propias armas.

Y ¿tardará mucho tiempo la incorporacion en nuestras filas de todos aquellos ciudadanos á quienes la fuerza separa de la bandera que siempre han reverenciado como sagrada? Y ¿esas armas que con temor reparten en algunas poblaciones, para quién son sino para nosotros?

Nuestros ejércitos han sido fraccionados, pero no disueltos. En ese camino militar de Veracruz á México, defendido en su doble línea por diez mil franceses y algunos centenares de traidores, se mueven en concertada hostilidad las fuerzas de Porfirio Diaz, aleccionadas en Puebla, y las brigadas de Ramírez y Martínez, que se ensayan todos los días, con felicidad, para hacer un esfuerzo poderoso. En el Bajío, adonde convergen dos ejércitos franceses, marchan, observan, se cruzan y se preparan para el combate veinte mil mexicanos. En Tampico, los franceses no pueden dirigirse á la Huasteca sin encontrar á Pavon, ni al interior de Tamaulipas sin exponerse á inesperados combates. En Chiapas, en Tehuantepec, en Pachuca, donde quiera que hay un invasor ó un aliado del invasor, allí se encuentra armada una fuerza mexicana, y otra dispuesta para sustituirla en caso de una derrota. Y en Zacatecas y en Durango y en Sinaloa y Sonora y en las tres cuartas partes de la República, se compran, se fabrican armas y se adiestran los ciudadanos para sostener la lucha. Donde quiera que existe un mexicano, allí se conspira contra los franceses. La California, que parecia perdida para México, ahora por su entusiasmo, por sus recursos, por sus proyectos, por la voz de sus periodistas, por las exhortaciones de sus hermosas, y por los sacrificios y la indignacion de todos,

vale por un ejército para la patria; y por un ejército que jamás será derrotado. Ya sabéis donde están nuestros ejércitos.

Pero es inútil preguntar por ellos; los ejércitos se forman y se desvanecen como las nubes en una tempestad; y sin embargo, la tempestad sigue. Preguntad más bien dónde está la guerra? En las costas con sus enfermedades hostiles para todos los invasores; en las sierras que se levantan á las inmediaciones de ambos mares; en las madres sin hijos, en los huérfanos, en las viudas, en el entusiasmo que forma para la juventud una epopeya de cada triunfo nacional; en la lira del poeta; en la aprobacion de la conciencia; en la complicidad del partido liberal en Francia, en España, en Inglaterra; en el aplauso de las demas naciones; en la impaciencia de los Estados Unidos; en la indignacion del clero; en nuestros deberes, en nuestras virtudes, en nuestros vicios.

Mexicanos residentes en la Alta California: no desmayéis si las peripecias de la guerra aparecen algunas veces contrarias á la República Mexicana; sufriendo frecuentes derrotas y sin ejércitos notables, hemos lanzado de nuestro suelo las armas formidables de la Iberia; tres años de derrotas aseguraron el triunfo de la Reforma; y si nuestro ejemplo no basta, recordad la Grecia sin ejércitos luchando por arrancar al Papa el paladion de la República Romana, y ved á la Polonia sosteniendo sin ejércitos todo un siglo de campañas. Los ejércitos son absolutamente necesarios para los opresores; á las naciones les basta organizar su resistencia para encontrar su salvacion en la constancia. El buque deja profunda herida sobre el mar, el rayo lo traspasa, el viento lo destroza; y el mar sobrevive al buque, al viento, al rayo.

La Opinion de Sinaloa.—1864.

UNA PROCLAMA DEL TUDESCO MAXIMILIANO

VAMOS á publicar con comentarios, ya que no puede leerse sin ellos, la proclama que el aventurero alemán dirige desde Veracruz á los mexicanos; el hombre-zuelo, si nos guiamos por las preocupaciones de su patria, debe haber pisado con el pié izquierdo las playas de la República, puesto que, como prueba del mal agüero que lo recibió á su desembarco, ha comenzado profiriendo solemnemente extraños desaciertos.

“*Mexicanos: vosotros me habeis deseado.*” Estas son las primeras palabras de Maximiliano, y envuelven la más descarada mentira: él mismo se admira de haberlas pronunciado; ¡lo hemos deseado! ¿Esta nacion mexicana, es posible que haya deseado á uno de tantos caciques tudescos, que apenas son conocidos en la misma Europa? Cinco millones de indígenas, para quienes nos parece gachupin todo extranjero, ¿por qué revelacion inaudita, ó por qué acomodaticia y supletoria intuicion llegamos á desear lo que no conocemos todavía? Y, ¿tres millones de razas cruzadas que se encuentran divididos, los unos fieles á su país y los otros traicionándolo, cuando no conocen de la Alemania sino el nombre? ¿Desear al archiduque! y, ¿por qué? Que los judíos lleven más de veinte siglos